

“Somos la semilla del día que comienza”

Proyecto esperanza una mirada de misericordia

*Elizabeth Bunster y Adriana Avendaño**

HISTORIA DEL PROYECTO ESPERANZA

El Proyecto Esperanza nació en Chile en el seno de un grupo de personas que trabajábamos en la labor pro vida de ayuda a las mujeres embarazadas en dificultades, orientada a salvar la vida del niño por nacer, y a raíz de la sorpresa e impotencia que sentíamos cuando acudía a pedir ayuda una mujer o un hombre que, hasta con lágrimas en los ojos, manifestaban la necesidad de saber cómo sobrellevar el dolor insoportable de recordar al hijo que no estaba y cómo poder conversar de este dolor que, muchas veces, nunca antes habían compartido, a pesar de los años que ya tenía el aborto. El nombre Proyecto Esperanza nació al considerar el impacto que provocan las secuelas Post Aborto en sus víctimas. Nació también de la preocupación por ayudar a sopesar y luego a sanar al que ha sufrido en soledad el trauma del aborto, de modo que pueda enfrentar este dolor y dar un nuevo sentido a la vida.

Sin que existiera en Chile una experiencia previa de atención post aborto, eran necesarias ciertas condiciones básicas para iniciar

* Correo electrónico: proyectoesperanza@vtr.net



el Proyecto. Apoyo de sacerdotes y diversos profesionales, tanto de Chile como del extranjero que poseían una experiencia similar.

Sin duda, quien ayudó a allanar este inicio fue el Padre Mario Romero, en ese momento Director Nacional del Movimiento de Schoenstatt, cuyas palabras nos guiaron a descubrir el querer de Dios y la ternura de la Santísima Virgen quien, desde su pequeño Santuario, preparaba una misión para confortar los corazones heridos por el dolor del aborto. Así nació en Chile, en 1999, a partir de un grupo de profesionales laicos, asesorados y acompañados por sacerdotes del Movimiento Apostólico de Schoenstatt, y a la sombra del Santuario de Nuestra Señora Tres Veces Admirable, el Proyecto Esperanza, cuyo nombre es un camino de reconciliación y de perdón al Encuentro del Amor y la Misericordia de Dios.

Esta labor ha unido voluntades, esfuerzos y, sin duda, la fe absoluta en la Divina Providencia.

Sin duda alguna, el aborto es una de las más dramáticas experiencias que puede sufrir una persona. El aborto destruye al nuevo ser formado dentro del vientre de la madre y deja un profundo vacío en la mujer, que manifiesta, de manera dramática, que la maternidad es un proceso irreversible que sólo se cura cuando la madre se reencuentra espiritualmente con su hijo y a través de nuestro Señor se restaura el vínculo herido de madre e hijo.

El Proyecto Esperanza se preocupa de la segunda víctima del aborto, la madre. La meta es ayudarla a que acepte su dolor, reconociendo la muerte del hijo –actitud muchas veces bloqueada por el mecanismo de defensa de la negación–, pues sólo desde allí podrá alcanzar la reconciliación y la paz. Esta aceptación se logra con la ayuda de profesionales capacitados, tanto sacerdotes como seculares, y a través de un enfoque pastoral de acogida, comprensión y confidencialidad, que busca facilitar el proceso de reencuentro con el hijo.

“Esperanza” es también un acompañamiento que se extiende a los hombres y a las familias que han experimentado la pérdida de un niño antes de nacer, especialmente por un aborto provocado.

El 25 de marzo de 2006, Monseñor Juan Ignacio González, Obispo de San Bernardo, otorgó personalidad Jurídica Canónica a la Corporación Proyecto Esperanza. El primer Directorio responsable de esta cruzada en Chile estuvo constituido por Adriana Avenaño, Ulrike Baader, M. Elena Kretschmer, Jorge Reyes y Elizabeth Bunster. Estas personas han asumido además la labor de extender el Proyecto no sólo dentro del país, sino hacia otras naciones latinoamericanas, de manera de resguardar esta región como Continente de la Esperanza y de la Vida, como la llamó S.S. Juan Pablo II.

Agradecemos especialmente a tantas personas que nos han confiado su dolor, nos han permitido acompañarlas y han compartido con nosotros testimonios que han llenado el corazón de esperanza a muchas otras mujeres, a través de palabras como las siguientes:

“Padre Dios..., me has dado la gran oportunidad de mí vida, el poder mirar de frente esa etapa dolorosa que viví, con una mirada que ha ido cambiando con el correr de estos meses en que he pasado desde la angustiada ansiedad a la añorada calma, y donde he trabajado, por primera vez, la ausencia de mí hijo que no nació.

Confío en ti y en tu infinita misericordia. Sé que estas a mi lado, contento, porque yo estaba perdida y me has encontrado, rodeándome de nuevas sensaciones que hacen de mí una mejor persona”.

Hay grupos que niegan que el aborto tenga consecuencias en la mujer, en el hombre, hasta en los familiares... Hay otros que sólo recientemente, y a raíz de los avances en el estudio de las Secuelas Post Aborto, se han abierto a considerar la protección de la vida, no sólo mirando la vida del bebé no nacido, sino también la vida de su madre, que “nunca va a ser lo mismo”, como dice Vicky Thorn, fundadora del Proyecto Raquel.

Tanto antes como después del aborto, la mujer puede sentir ansiedad, miedo, culpabilidad y pánico, percibiendo las circuns-



tancias que rodean su embarazo como una presión y una supuesta amenaza a su estabilidad personal. Esta presión la conduce a buscar en el aborto una solución, más aún cuando el medio le señala que “ella decida” y que la apoyará, cualquiera sea su decisión. Esta situación es suficiente para que se sienta sola y no encuentre, en quienes la rodean, el apoyo radical para acoger al hijo, como lo sentiría si oyera una felicitación o se le ofreciera ayuda para salir adelante con este hijo.

Sensación de vacío, ansiedad, soledad, remordimiento, sentimientos de culpa, rabia, dolor, un profundo daño en la autoestima, depresión y hasta intentos de suicidio, desajuste en la relación con la familia y demás personas, son sólo algunos de los síntomas en la mujer.

Una mujer joven, que participó en los inicios del Proyecto de Esperanza, cuenta su experiencia:

“Hace un tiempo, cuando yo pensaba en mi vida, la dividía en dos: antes y después de el aborto. Antes del aborto, mi vida estaba llena de proyectos, colores y sueños; después del aborto fue como si una luz se hubiese apagado y los sueños y proyectos ya no pudieran ser pensados por mí. Sentía que no me merecía nada, ni siquiera seguir estando viva. Es como si mi vida se hubiera llenado de oscuridad, desolación y dolor, y las palabras amor, felicidad, alegría y familia hubieran sido arrancadas de mi vocabulario y de mi corazón. Después del aborto, caí en la desesperanza. Mi vida se transformó en una desesperanza y yo me encargué, en gran medida, de que así fuera, ya que si alguien me quería entregar su amor o su amistad, yo misma me alejaba de esa persona, ya que tenía un miedo enorme de hacer sufrir y de que me volvieran a hacer daño.

Ahora, al mirar atrás, todo parece tan lejano, como si hubiera pasado hace mucho tiempo. En realidad, el poder ver todo mi pasado, mi historia de vida, el ser capaz de mirar hacia atrás, se lo debo al Proyecto Esperanza, ya que, con todo el tiempo que estuve en él, pude recuperar muchas cosas muy

importantes para mi vida. Una de ellas es creer que nada ocurre porque sí, y que detrás de cada cosa que pasa está la mano de Dios. Haber conocido el Proyecto no fue casualidad, fue porque Dios quería que ocurriera. Sin embargo, en un comienzo fue muy difícil ya que me significó mostrar el secreto, volver a abrir la herida que yo justamente intentaba cerrar y olvidar.

El Proyecto Esperanza cambió mi vida. Cuando comencé a asistir, fue tremendamente doloroso, ya que volvieron miedos e inseguridades. Uno de ellos era confiar, mostrarme frágil y con un dolor tan grande por dentro, que ni siquiera podía llorar. Con todo esto fue precisamente con lo que llegué el primer día de sesión. Sin embargo, con el correr del tiempo, poco a poco fui recuperando algo dentro de mí. Fue como si una luz se comenzara a encender y me empezara a iluminar por dentro, como si algo comenzara a tener vida nuevamente. Y esa vida se llama Felipe. El recuperar a mi hijo y sentirme por primera vez su madre, me hizo volver a vivir por dentro, a recuperar el sentido de vivir, el cual había perdido con el aborto”.

Algunos aspectos que ofrece el Proyecto Esperanza son: educación sobre los síntomas Post Aborto; poder determinar cuáles son los conectores personales del aborto; alcanzar la liberación del dolor emocional y de la rabia reprimida; restaurar las relaciones rotas con uno mismo, con los demás y con Dios; establecer una relación sana con el niño que no pudo nacer y aprender herramientas de autoayuda.

En la primera etapa, es necesario que la persona pueda contar toda su historia, reconocer quién era antes del embarazo y luego, identificando el dolor, que asuma el impacto que tiene el aborto en su vida, algunos testimonios relatan: “Me siento con un delito no juzgado y que no fue sancionado. Pero yo misma me juzgo y me condeno”.

Se la ayuda a descubrir cuáles fueron las influencias que recibió para abortar: “Me acerqué a mi madre para contarle de mi



embarazo y me dijo que tenía que terminar con él, pues con mis dieciocho años, mi vida terminaba con esto, no había futuro”.

“Mi pareja arregló todo para el aborto. Dijo que un hijo estorbaba nuestros planes. Una vez que me hice el aborto, él desapareció”. El momento del aborto se vive también de diferentes maneras: “Era como si fuera otra persona, una máquina que decía sí a todo lo que pedían. Lo único que quería era que terminara luego”. Junto con el dolor, aparecen las rabias con las personas, con Dios y con uno mismo:

“Durante el aborto, mi familia me acompañó en la consulta del médico. Después que volvimos a casa, nunca nadie, en todo este tiempo, me ha preguntado cómo me he sentido. Es como si nunca hubiera ocurrido. Lloro siempre a escondidas y no quiero estar con ellos”.

Un padre de un bebé abortado contó: “No fui capaz de detenerla para que no se hiciera el aborto. Me quedé callado por temor a perderla y lo que perdí fue la posibilidad de estrechar a mi hijo en los brazos”.

El dolor de la mujer es continuo:

“Le dije a mi hijo que lo defendería de todos, y no cumplí. Fui tan cobarde y ahora, por mucho que lllore, nadie me lo va a devolver. Soy una espectadora frente a las imágenes del pasado... ya no puedo retroceder”.

IRRADIACIÓN RENOVADORA DESDE EL SANTUARIO DE BELLAVISTA A OTROS LUGARES

En la actualidad, esta labor de ayuda se lleva a cabo en Chile en varias Diócesis: San Bernardo, Iquique, Linares, Puerto Montt, Punta Arenas, en la Arquidiócesis de Santiago y Concepción.

Con apoyo de la Alianza Latinoamericana para la Familia (ALAFa) y del Family Life Council, el Proyecto se ha ido dando a

conocer en otros países de América Latina. De este modo, por contacto con ALAFA, y por el interés manifestado por el Sr. Carlos Garcés del Comité del Laicado del Arzobispado de Guayaquil, se inició en 2004 un proceso de sensibilización, motivación y capacitación dirigido a un grupo de personas del Ecuador.

Por otra parte, la experiencia chilena presentada en el II Congreso Internacional Provida de Perú, en noviembre de 2005, motivó a varias personas y, por solicitud de Monseñor Kay Schmalhausen, a inicios de 2006, en la Universidad Católica San Pablo de Arequipa, fueron capacitados 75 profesionales de distintas disciplinas, provenientes de diversas localidades del sur del Perú. En 2007, se extendió este servicio a la ciudad de Lima, mediante la capacitación de nuevos voluntarios. Posteriormente se realizó una capacitación en la ciudad de la Paz, en Bolivia, solicitada por la Comisión de Familia del Episcopado de ese país. Así luego se sumaron solicitudes y capacitaciones de países en Centro América, desde Nicaragua, Costa Rica y Honduras. Desde el año 2010, el Proyecto Esperanza se incorporó como la instancia de capacitación para el acompañamiento pastoral post aborto, en los lineamientos del CELAM que ha permitido entregar este acompañamiento a 12 países del continente y conformar la Red de Acompañamiento pastoral post aborto. Además este Año Santo de la Misericordia nos hace tener un énfasis para dar respuesta a una grave periferia existencia, tan desconocida como las secuelas post aborto que afecta a la mujer y a toda su familia. Por ello, hoy el trabajo de este acompañamiento pastoral forma parte del Plan Global 2015-2019 del Consejo Episcopal Latinoamericano y del Caribe.

Podemos decir que el Proyecto Esperanza es una semilla del día que comienza, pues tenemos el convencimiento de que estamos rescatando a una persona de un abismo de dolor y de vacío, para conducirla a reencontrarse con el Amor y la Misericordia de Dios, que devuelven la paz a su vida. De este modo, podemos hacer realidad las palabras del apóstol de la Vida, Juan Pablo II en el n^o 99 de la Encíclica Evangelio de la Vida del 25 de marzo de 1995, en su mensaje a aquellas mujeres que han pasado por la triste experiencia del aborto:



Una reflexión especial quisiera tener para vosotras, mujeres que habéis recurrido al aborto. La Iglesia sabe cuántos condicionamientos pueden haber influido en vuestra decisión, y no duda de que en muchos casos se ha tratado de una decisión dolorosa e incluso dramática. Probablemente la herida aún no ha cicatrizado en vuestro interior. Es verdad que lo sucedido fue y sigue siendo profundamente injusto. Sin embargo, no os dejéis vencer por el desánimo y no abandonéis la esperanza. Antes bien, comprended lo ocurrido e interpretadlo en su verdad. Si aún no lo habéis hecho, abríos con humildad y confianza al arrepentimiento: el Padre de toda misericordia os espera para ofrecer os su perdón y su paz en el sacramento de la Reconciliación. Podéis confiar con esperanza a vuestro hijo a este mismo Padre y a su misericordia. Ayudadas por el consejo y la cercanía de personas amigas, podréis estar con vuestro doloroso testimonio entre los defensores más elocuentes del derecho de todos a la vida.

Muchas mujeres, porque han vivido el Proyecto Esperanza, son ahora manifiestas partidarias de la vida y llevan en su pecho la esperanza.

“Creo que ‘Esperanza’ tiene el nombre perfecto. No pudo ser otro, ya que constituye una esperanza, un período de reflexión, de hallar respuestas que alivian el alma, de aceptación, de perdón, de encuentro con la parte espiritual que nos va acercando al hijo no nacido. Durante estos meses, he logrado establecer un diálogo conmigo misma y más cercano con Dios. Cada una de las reuniones estaba llena de desafíos, muchos de ellos tremendamente dolorosos, pero que me permitieron encontrar una salida a años y años de angustia. El ir mirando desde afuera, con la compañía de Elizabeth y del padre Juan Pablo, me hizo posible pasar cada una de estas etapas de manera tal que saliera fortalecida en vez de dañada y, por sobre todo, ayudó a que fuera conociendo, tomando paulatino contacto con mi hijo que, si bien es cierto siempre ha estado en mí, yo no le otorgaba ese lugar. Hoy, al hacerlo presente, siento un descanso, una alegría y paz interior no imaginados. Me siento hasta físi-

camente bien, y esto, por cierto, es un reflejo de lo reconfortada que estoy espiritualmente. Mis visitas al Santuario constituyen ya una necesidad. Me siento plena caminando por sus jardines, conversando con la Mater, abriéndole mi corazón. Siento que el paso de estos meses ha constituido en mí una experiencia de vida, un regalo que agradezco a Dios, como le agradezco haberme elegido parar mostrarme este Proyecto Esperanza, por haber conocido a Elizabeth y al Padre que generosamente han dedicado su tiempo, compañía, oraciones y cariño a mí y a mi hijo José Pablo. Todo esto me hace sentir tan afortunada, que puedo mirar la vida con otra cara, con otros ojos que hacen de mí, como se lo dije a Dios en la carta, una mejor persona, y eso pudo entregarlo a quienes están conmigo y, principalmente, hacer concreto a mi hijo, con mi amor, todo el tiempo que yo tenga de vida. De todo corazón, deseo que este Proyecto esté cada vez más apoyado y extendido, y que nuevas y generosas personas se sumen a este acompañamiento que tantas personas desconocen y necesitan para vivir más cerca de Dios, de sus hijos y de la paz interior que nos lleva a ser más felices”.

Creemos que el Proyecto Esperanza materializa el espíritu del regreso del Hijo pródigo, especialmente en un camino concreto de acogida y que resalta en este año Santo de la Misericordia, camino que se anunció en las sabias y acogedoras palabras dadas en las líneas pastorales para toda la Iglesia de América Latina y El Caribe del Documento de Aparecida que, en relación a este tema, que señala:

Apoyar y acompañar pastoralmente y con especial ternura y solidaridad a aquellas mujeres que han decidido no abortar, y acoger con misericordia a aquellas que han abortado para ayudarlas a sanar sus graves heridas y para invitarlas a ser defensoras de la vida. El aborto hace dos víctimas: por cierto el niño, pero también la madre. (nº 469).

Nuestra misión es un desafío para estos tiempos, de conquistar los corazones de muchas familias para una renovación en el Amor y Misericordia de Dios, y así infundir esperanza para la vida y



el mundo, de manera de establecer una Cultura de la Vida que reconozca el grave daño humano y social que provoca el aborto, “que destruye la base misma de la sociedad” (S.S. Juan Pablo II). Sólo en la pequeñez de sus instrumentos se reconoce la grandeza y bondad de Dios. El haber hecho realidad nuestro Proyecto, se lo entregamos como una obra para Su Honor y Gloria.

A la Reina, a la Santísima Virgen María, quisiéramos que, desde su pequeño Santuario se levantara un canto de gratitud. Ella es la fuente para superar nuestras falencias y el impulso para ofrecernos, con el alma encendida, a caminar hacia las altas cumbres donde llevaremos nuestro ideal de fomentar la Cultura de la Vida. Nuestra confianza está escrita en las palabras de un padre y profeta, el Padre José Kentenich, Fundador de Schoenstatt: “Con María, alegres por la esperanza, seguros de la Victoria, hacia los nuevos tiempos”.

TESTIMONIO - Relato de una fundadora del Proyecto Esperanza.

La experiencia más cruel que pueda vivir un ser humano es la de abortar a un hijo. Sentir la culpa, el remordimiento, la soledad, la amargura y la frustración, buscar respuestas a tantas preguntas y no encontrarlas o, más bien, no querer enfrentarse a ellas. Tener la necesidad de abrazar al hijo, de verlo crecer, sufrir el dolor de no tener un lugar dónde dejarle una flor... Esto es lo que viven tantos hombres y mujeres que han provocado la muerte de un hijo. Sólo el encuentro con la fe y, a través de ella, y con la Misericordia infinita de Dios, vivir cada día Su perdón y así reencontrar de manera espiritual al hijo perdido, es lo que da la fortaleza para seguir viviendo con la seguridad de que existirá el abrazo que tanto se añora.

Decidí escribir este testimonio, pensando en la ayuda que pueda significar para muchas personas que sufren tras haberse practicado un aborto, y para los muchos sacerdotes a quienes les toca acoger su arrepentimiento.

Nunca imagine cómo el aborto cambiaría mi vida, mis proyectos y mis prioridades. Provengo de una familia normal de clase media, con una mamá dedicada al cuidado de sus tres hijas y un papá que trabajaba en forma responsable para nuestra mantención. Si hubo dificultades, éstas eran las propias de los aprietos económicos, pero las sorteábamos de buena manera. De temperamento extrovertido, como la mayoría de los adolescentes, crecí participando en actividades fuera de la casa, primero en el colegio, luego en grupos juveniles políticos y pastorales. Hasta ese momento, era responsable con mi vida.

Casi al cumplir dieciocho años, conocí a quien años después iba a ser mi esposo. Nuestra relación era muy buena, basada en el apoyo y el respeto mutuos. Yo soñaba con llegar a la Universidad y ser Asistente Social. Las injusticias, las desigualdades, la falta de apoyo a los más débiles eran mi motivación.

Mis planes no se dieron como quería. Quedé en la carrera de Pedagogía Básica en la Universidad Católica, en una sede fuera de Santiago. Como la carrera no me gustaba y además significaba estar lejos de mi familia, mis padres me dieron la posibilidad de no continuar. Poco después, entré a trabajar y fue entonces cuando por primera vez estuve con una mujer que quería abortar. Fui testigo de lo fácil que fue para ella. Había bastado una inyección. Nunca la vi arrepentida ni menos deprimida; al contrario, se la veía feliz.

Dos años más tarde, me puse de novia y al año siguiente nos casamos. Dejé mi trabajo y me dedique al cuidado del hogar. Nuestros proyectos no eran distintos a los de la mayoría de los recién casados: ahorrar para una casa, un auto y tener hijos. ¿Cuántos?, no más de dos, decía mi marido, por la experiencia de su familia con muchos hermanos y muchas privaciones; y yo, no más de tres, porque éramos tres, y no se veía tan mal, con privaciones, pero nunca tan terribles ni difíciles de superar. A los seis meses de matrimonio, quede embarazada. Toda la familia estaba feliz, en especial mis padres que



serían abuelos por primera vez. Nueve meses después, nació nuestra primera hija. Fue un parto muy difícil, que me trajo serias complicaciones psicológicas y de salud, pero mi hija era sana y esto era todo lo que importaba. Sin embargo, por las mismas dificultades del parto, decidí no tener más hijos. Seguí entonces el consejo del doctor, que me recomendó un dispositivo intrauterino para evitar el embarazo.

Cuando mi hija tenía sólo cinco meses de vida, quede nuevamente embarazada. Se me vino entonces el mundo encima. El dispositivo no había resultado y me aterraba la sola idea de pasar por un nuevo parto. Con el apoyo de mi familia y de mi esposo, las cosas se hicieron más fáciles ya que pude atenderme en una clínica particular para evitar mayor sufrimiento... Todo estuvo perfecto, porque nació un varón. Teníamos la parejita, y con eso ya no era necesario pensar en otro hijo. Di por ello gracias a Dios.

Comenzamos a soñar y a ahorrar para comprar nuestra casa. Ya habíamos adquirido nuestro auto. Meses después, cuando mi hija no cumplía los tres años ni mi hijo los dos, quede nuevamente embarazada. La noticia me paralizó. Me sentí culpable de darle otra preocupación a mi esposo, porque sabía que tres niños no eran lo que él quería, al menos en ese momento. Reafirmó mi culpabilidad la actitud del médico que me dijo que cómo se me ocurría embarazarme otra vez, y que tres partos en tres años consecutivos no eran buenos para la salud de nadie. Cuando se lo comenté a mi esposo, su reacción no fue de apoyo ni de rechazo. Sólo me pidió que fuera el último embarazo, porque de lo contrario tendríamos dificultades económicas. Como no era algo que le pudiera asegurar, terminé por decirle que no tendría este hijo. Él se quedó en silencio, lo que me indicó que no quería el embarazo, y me sentí aún más culpable. A partir de entonces, mi vida cambió. No quería levantarme por las mañanas, ni menos salir de la casa. Sólo las responsabilidades con mis hijos lograban moverme. Una farmacéutica amiga me facilitó inyecciones, pero no tuvieron resultado. Me imaginaba a mi hijo pidiéndome que no lo abortara. Tenía discusiones

con mi esposo por cualquier motivo, un juguete mal puesto, el llanto de un niño, en fin, pero nunca se tocó el tema. Yo hacía todo cuanto creía que debía hacer para no pasar la carga de otro hijo a la familia. Mis padres me apoyaban cualquiera fuera mi decisión, pues creo que no se sentían con derecho a opinar:

Después supe de un doctor y de una clínica. Recuerdo cada palabra del doctor, cada día previo al aborto, las cosas que soñaba, la actitud distante de mi esposo que me hacía sentir aún más culpable de haberlo enfrentado a un embarazo que él no quería o bien no sabía cómo mantener.

Recuerdo lo humillante del trato en la “clínica”. Sentía que no era yo quien pasaba por todo eso, que todo era un mal sueño. Recuerdo los colores de la sala, el olor a humedad, la frazada gris característica de los hospitales. Sentía que a nadie le importaba, que sólo era un producto y que, como madre, no valía nada.

No sé cuál fue el método empleado ni lo quise consultar. Desperté llorando y preguntando por mi hijo. Una mujer que estaba a mi lado me pidió que no llorara, porque podría tener temperatura y complicar la situación. Me vestí. Mi esposo me fue a recoger. Casi no hablamos. Recuerdo un día nublado de mayo. Ya nada tenía sentido para mí. Me sentía sucia, un estropajo. Sentía que algo me faltaba, y trataba de convencerme de que la decisión había sido correcta. No quería escuchar a nadie que intentara consolarme o que tratara de justificar la situación. Era la peor de las mujeres.

En mi familia, se evitaba el tema. Supe después que algunos nunca estuvieron de acuerdo, pero no opinaron por respeto a mi decisión. Ellos no imaginaban que yo sólo quería que alguien me dijera que no lo hiciera, que sancionara mi actitud y la de mi esposo. Tal vez algo así pudo haber cambiado las cosas. No culpo a nadie, porque nadie más que yo fue la culpable. Definitivamente, fui yo quien se subió a la camilla. El vacío se acrecentó con el paso de los meses. Comencé a



ver fotos de embarazos, a soñar con bebés. Me preguntaba en qué etapa habría estado mi hijo. Le pedía a Dios que me “castigara”, sintiendo todos los dolores del parto el día que tendría que haber nacido, durante los primeros días de enero. Sé que Dios me escuchó, porque la noche del 6 de enero, en un sueño, viví el peor parto. Cuando desperté, supe que mi hijo habría nacido ese día. Desde entonces, todos los 6 de enero sé que él estaría de cumpleaños, tal vez ahora terminando una carrera, igual que sus hermanos.

Me alejé de la iglesia porque por buscar justificación, también culpaba a Dios. ¿Por qué permitió que me embarazara? ¿Por qué permitió que abortara? ¿Por qué el día que fui a la clínica no hizo que el auto chocara o bien que el médico no apareciera? ¿Por qué permitió mi sufrimiento y el de mi hijo si nos ama tanto? Muchas veces le pregunte, ¿Señor, dónde está mi hijo? ¿Sufre por mi culpa o lo tienes a tu lado?

Debieron pasar cuatro años para que me diera cuenta de que el sentimiento de culpa que llevaba dentro, el peso de mi conciencia y la necesidad de llenar ese vacío que dejó mi hijo, me impedían vivir y preocuparme de mis otros hijos como ellos necesitaban. Cuatro años me costó ser capaz de acercarme a un sacerdote para confesarme. Cuando tuve el valor, me impactó su acogida y no pude aguantar el llanto.

Pensaba que no merecía ser perdonada y buscaba pagar mi delito, pagar por la muerte de mi hijo, pero, por otra parte, quería ser consolada. Nunca olvidaré las palabras del sacerdote. A través de él, sentí el perdón de Dios, pero en ese momento ese perdón no me bastaba. ¿Cómo me perdonaba a mí misma? ¿Cómo sabría que mi hijo me perdonó? ¿Cómo sabría mi hijo cuánto lo necesitaba o cuán arrepentida estaba? Cinco años después, un nuevo embarazo me produjo mucha alegría y me dio la sensación de estar devolviéndole la vida a mi hijo. Pero lo perdí a las pocas semanas. Sentí entonces que Dios me había castigado y que no merecía otro hijo. Ésa fue mi última oportunidad, porque unos tumores uterinos acabaron luego con cualquier posibilidad

de embarazo cuando recién tenía treinta y dos años. ¿Cómo podía tener la seguridad de que Dios me había perdonado si me hacia sufrir nuevamente? Alcanzar esa respuesta fue un largo proceso que, en mi caso, duró años, pues las secuelas post Aborto no era aún muy conocidas.

Como penitencia, el sacerdote me había pedido que trabajara para defender a los niños que están por nacer, y así evitar que otra mujer sufriera lo que yo sufría y, de este modo, convirtiera mi dolor y experiencia tan negativos en algo positivo, si se le puede llamar de esa forma. Volví a mi casa con una misión, sin saber por dónde comenzar.

Unos meses después, vi en la televisión un anuncio que difundía la labor de una institución de ayuda a las madres en riesgo de aborto, y pensé que ésa sería mi manera de comenzar a pagar mi deuda. Porque así lo sentí, me acerqué y ofrecí mi apoyo. De este modo, conocí a un joven matrimonio, Elizabeth y Raúl, que sería muy importante en mi proceso y hasta el día de hoy. Con su ayuda, asumí la tarea de la prevención del aborto a través de charlas que dictaría a jóvenes y adultos.

Me preparé a conciencia en un tema tan controvertido y que pocos quieren enfrentar. En muchas ocasiones, al final de las charlas se nos acercaban mujeres llorando y nos contaban que habían abortado a sus hijos. Todas contaban historias diferentes. En muchos casos, ni siquiera su familia sabía lo que habían hecho, y sólo podían llorar de noche o en silencio, para que nadie lo supiera. Otras mujeres temían el rechazo de sus esposos si se enteraban de lo que habían vivido antes de conocerlos, y esa pena se hacía cada vez más grande. Era un duelo solitario. Al escuchar a estas mujeres, sabíamos que habíamos abierto una herida profunda y no teníamos cómo acompañarlas en su camino. Comprobé así que mis recuerdos, mis angustias, el sentimiento de vacío y de culpa, el buscar la forma de reparar el daño eran sentimientos comunes a todas las mujeres en mi situación. Es un dolor espiritual, un dolor del alma, no por el método empleado ni



por la circunstancia que hubiera llevado al aborto, sino por la necesidad del hijo, de sentirlo, de tocarlo.

Elizabeth tuvo la oportunidad de conocer el Proyecto Raquel, que consiste en talleres de sanación post aborto. En una Misa un sacerdote nos invitó a darle un nombre a nuestro hijo. Fue una Misa muy hermosa y junto a Elizabeth, nos adentrábamos más y más en el acompañamiento pastoral Post Aborto.

Aun cuando el sentimiento de dolor, vacío, culpa y arrepentimiento por haber dado muerte a un hijo mediante el aborto es el mismo en todas las mujeres del mundo, se elaboró un Manual con las particularidades de nuestra cultura Latinoamericana inspirado en la experiencia de los Estados Unidos. Así fue naciendo el Proyecto Esperanza. En ese tiempo, conocí a un médico psiquiatra uruguayo muy calificado en el tema, pues lo había estudiado durante años. Con su ayuda, pude entender mis procesos y la necesidad de superarlos.

Hace ya varios años, tuve que asumir mi vida sola junto a mis hijos. Mi esposo tomó un camino diferente al de esta familia. ¿Motivos? Muchos, pero no puedo desconocer que uno de ellos es secuela del aborto. Mientras yo necesitaba hablar de mi pena, él lo evitaba. Para él, era pasado; para mí, cada día más presente. Comprendí por qué hay tanta falta de caridad, tanto odio, tanta violencia en el mundo ¡Cuánto de la realidad del aborto no estará presente en la vida de quienes se refugian en la violencia, las drogas, el alcohol o las relaciones promiscuas, intentando borrar ese hecho de sus vidas! Gracias a Dios, no forme parte de esa violencia, porque tuve la capacidad de revertir la situación, de volcar lo negativo en positivo y hacerle justicia a la muerte de mi hijo. Lo más cercano a la violencia, fue escribirle una carta al médico que me realizó el aborto, haciéndole ver el daño que hacía.

Hoy veo la vida de otra manera. Sé que existe un mañana que me permitirá reencontrarme con mi hijo. Tengo una misión

donde quiera que vaya, un apostolado. Mis hijos están grandes, son profesionales y hoy conocen la verdad. No fue fácil. Hace unos años, quise traer a mi casa una imagen de Nuestra Señora de la Visitación que peregrinaba por Chile por la causa de la defensa de la vida, en especial por los niños por nacer. Entonces, me encomendé a Ella para que, como madre, me diera el valor para contarles a mis hijos el secreto que llevaba dentro. Sentía que con mi silencio los traicionaba, y ellos no se lo merecían. No pasaron dos semanas, y la ayuda de la Virgen se reveló a través de un sueño que tuvo mi hijo, un día 6 de enero. Él despertó angustiado, pidiéndome que le explicara si yo tenía un secreto, porque en su sueño vio que mis manos se quemaban y yo no les permitía a ellos apagar el fuego, pues les decía que era sólo un problema mío. En el alboroto, despertó también mi hija y se sumó a la pregunta del hermano. Me sentí acorralada, pero me acordé de lo que yo había pedido a la Virgen y, de este modo, mis hijos supieron la verdad: que tuvieron un hermano. Siento también que pudieron entender a esta mamá tan obsesiva con el tema del aborto. Nos abrazamos. Les conté que ese día su hermano estaría cumpliendo diecinueve años... Ellos me dijeron que ahora me valoraban mucho más. Un rato después, mi hijo me abrazó y me dijo al oído: "¡Mamá, descansa de estos diecinueve años. Ahora estamos nosotros contigo!". Y así lo he sentido. Ellos son mi mayor apoyo, a pesar de que no saben que a veces, cuando les llamo la atención por algo con lo que no estoy de acuerdo, siento que podrían pensar que no tengo derecho a decirles nada, porque los privé de un hermano que tal vez estaría jugando o discutiendo con ellos, o bien tomando parte en cada reunión familiar.

Sé que mi experiencia no sólo cambió mi vida, sino la de mi familia y los amigos que me rodean y apoyan en cada tarea que emprendo, porque entienden mi prioridad. ¿Cómo mi hijo pudo relacionar su sueño con mi secreto? Una vez más, comprendí que no estaba sola. Hoy trabajo dando charlas a través de una ONG Pro Vida, y paso parte del día en el computador, contestando mails y ayudando a mujeres que quieren abortar o que han abortado, no importa del país



que sean, porque la angustia no tiene idiomas, ni cultura, ni distancias.

Nunca me cansaré de repetir que el aborto no se justifica en ningún caso. No sólo muere un niño inocente, muere también una parte importante de la mujer, del padre y de la familia de ese niño. El Proyecto Esperanza no puede restaurar la vida de un hijo, pero puede devolverles a sus padres las ganas de vivir, de sentir al hijo presente y de servir a Dios en esta triste experiencia que marca nuestras vidas para siempre. El Proyecto nos devuelve la Esperanza en el reencuentro con nuestros hijos que ahora tienen un nombre. Mi hijo se llama Moisés.